Jueves literarios de "LA PRENSA"

REDACTOR: ABRAHAM VALDELOMAR

Tríptico aldeano

Al insigne pintor Raúl María Pereyra, en homenaje de una profunda admiración.

EL ARBOL DEL CEMENTERIO

No en la tranquilidad de la arboleda
que ofrece sombra fresca y regalada
al romanso, al pastor y la manada
y que paisaje bíblico remeda;

no el suspiro de la ola cuando rueda
á morir en la playa desolada,
ni el caer de la tarde en la callada
fronda que al ave taciturna hospeda,

dieron á mi niñez ésta en que vivo
sed de misterio, torturante y honda;
fué del panteón el árbol pensativo

cuyas ramas inerte sombra daban
á la cristiana cruz; y en cuya fronda
las torvas aves trágicas, graznaban . . . . . .

Lima, 1915.

El hermano ausente en la cena de Pascua.

La misma mesa antigua y holgada, de nogal
y sobre ella la misma blancura del mantel
y los cuadros de caza, de anónimo pincel,
y la obscura alacena, todo, todo está igual.....

Hay un sitio vacío en la mesa, hacia el cual
mi madre tiende á veces su mirada de miel
y se mumila el nombre del ausente, pero él
hoy no vendrá á sentarse á la mesa pascual.

La misma criada pone, sin dejarse sentir,
la suculenta vianda y el plácido manjar,
pero no hay la alegría ni el afán de reír

que animaran antaño la cena familiar.....
Y mi madre, que acaso algo quiere decir,
ve el lugar del ausente y se pone á llorar.....

Lima, 1915.

LA CASA FAMILIAR

Ya la casa está muerta. Ya no es la misma casa.
El jardín florecido se extinguió.... A la desierta
alcoba ya no sube, escaladora experta,
la vid, de frescos pámpanos, en racimos escasa.

Ya el asno con la alfalfa florecida no pasa,
ni el viejo panadero se detiene á la puerta,
ni platican los padres..... Ya la casa está muerta
ya no hay voces hermanas, ya no es la misma casa!

Humedad. Muros rotos. Un acre olor de olvido.
Hieráticas, las viejas blancas aves marinas
se posan en la triste morada solitaria.

Y sobre los escombros del hogar extinguido
el florbo abre en el aire su corona de espinas,
su corona de espinas perfumada y precaria!

Pisco, abril, 1916.

Abraham VALDELOMAR.

De Bernardo Jambrina,

Para LA PRENSA

Tu nombre está grabado en la sortija
que ciño al dedo de mi corazón;
él será el amuleto que dirija
mis pasos en la peregrinación.

Mi carne está junto á tu nombre, fijo,
arrullándolo con la procesión
de tu sangre; tu nombre sea el que rija
de mis glóbulos rojos la canción.

Hay en tu nombre, que mi amor impetra,
un beso de sasión por cada letra,
de las que el rasgo del buril grabó;

y al dedo está el anillo tan ceñido
que creo que cero y carne se han unido
y tu nombre en mis venas se fundió.

LAXITUD

Yo tengo un miedo negro de las cosas.
Las cosas en la noche tienen miedo.
Cuando voy por las calles, misteriosas
sombras no puedo atravesar, no puedo.....

Las baldosas son lápidas de fosas
y un poste del telégrafo es un dedo
que me señala el luminoso enredo
de los astros como albas mariposas.

Por eso nada más, busco lo blanco;
por eso tengo mi ruinoso banco
donde sentarme al linde del camino

para mirar con cauteloso aplomo
las blancas horas deshojarse, y cómo
la luna hila su lana sobre el pino.

Arequipa.

César A. Rodríguez.

Rendición

A la Sra. Enriqueta Mendoza de Lavalle.

En las catorce lanzas de este rudo soneto,
hacia vos va, señora, mi joven corazón;
y para vuestra lírica belleza hace un discreto
galanteo que baña de Gloria mi blasón.

Vuestro marido sabe que mi orgullo es mi peto,
que mis versos son todos zarpazos de león,
y que voy por el Mundo mascando mi secreto
mientras pongo pedazos de mi alma en mi canción.

Y aunque soy un guerrero discolo y agresivo,
y aunque egotistamente solo para mí vivo,
en homenaje vuestro me quito el viejo arnés,

os entrego mi espada, y de altivez demudo,
cincelo las estrofas de este soneto rudo
cuyas catorce lanzas colocó á vuestros pies.

Alberto Hidalgo.

En 1916, á los 10 días del mes de octubre.

DESOLACION

DRAMA EN UN ACTO

La acción en un pueblo de provincia

Ofrecemos á nuestros lectores el breve drama de Enrique López Albújar DESOLACION. He aquí una obra digna de tomarse en consideración por todos nuestros escritores, por su gallo y original ensayo sobre lo que puede ser el arte americano. Sobre un tema esencialmente local, el espíritu fino y fuerte de López Albújar, ha puesto de aquel vapo misterio, aquella tragedia lacerante, aquella honda tristeza que tiene la vida en algunas obras del inmortal bolga Maeterlinck. La obra se realiza en una de nuestras ciudades tropicales que en tiempos no lejanos se veía azotada por la tenebrosa visita de la peste. Leyendo este drama, de una rara belleza emocionante, el ánima evoca aterrorizada los días dolientes de la Edad Media, los lienzos del Renacimiento, las humanas quejas sonoras de Schakespeare. Sin llegar á ser vulgar, en su sencillez armoniosa, DESOLACION es obra esencialmente criolla, y quienes conozcan la vida de nuestras provincias, encontrarán aquí un cuadro de costumbres donde sobre la humanidad sencilla y apacible, la Tragedia y la Muerte extienden sus brazos descarnados y pavorosos — A. V.

Calle. Al fondo, una casa con la puerta principal abierta, dejando ver un patio. En este un atado, un brasero y algo que simula un cadáver envuelto en una sábana. Gente que se mueve silenciosamente. Un individuo de redilitas preparando sus herramientas para soldar el atado. Al costado de la puerta, ventanas. La de la derecha del actor, abierta.

ESCENA PRIMERA

Manuel, vecinos, Luis llegando por la izquierda.

Luis — ¡Llego lo que temíamos!
Manuel — No hará una boca.
Luis — Va una.
Manuel — Y seguirá la otra. Está en plena crisis según Ramírez.
Luis — ¿Y la madre?
Manuel — En peligro de correr igual suerte.
Luis — Adentro el cuadro debe ser atroz.
Manuel — Juan no se da cuenta de nada. Acaba de verle cruzar el patio, indecoso, como idiota.
Luis — No es para menos. Ver su casa convertida en hospital en menos de seis días . . . .
Manuel — Y con la perspectiva aterradora de que la peste arrase con toda la familia.
Luis — Creo que son ya cinco los casos.
Manuel — Cinco.
Luis — ¡Tan sibitamente!
Manuel — Tan bruscamente, cuando todo el consuelo al pobre Juan. ¡Ayer no más sin saber lo que era llorar á un hijo muerto!
Luis — Y hoy tendrá que llorar á dos. Parece que la muerte ha llegado á la boyana: la de los quince.
(Pausa).
Luis — ¡Las consideraciones que sugiere este cuadro!

Manuel — En estos casos le pasa á cada uno lo mismo.
Luis — Me dicen: "De ahí el cadáver de una criatura que tuve hace diez días sentir mis brazos. Cumplía años esa noche. Bailamos dos o tres veces. ¡Con qué candorosidad sonreía á todos! Mientras tanto, estaba ya acechada por la muerte.
Manuel — Seguramente tenía ya incubado el mal.
Luis — Seguramente, porque veinticuatro horas después cayó enferma.
Manuel — Ironías de la vida, amigo Luis.
Luis — Ironías feroces. Que ironía más feroz para el padre que la de ver salvados á dos de su servidumbre mientras á sus hijos se los va llevando la muerte . . . ¿Lo que pensará Juan?
Manuel — Lo presumo. "¡Por qué se me muere mi hija, si nó, lo que con tanto amor he cultivado quince años y no se ha muerto cualquiera de los otros, como de esos de la servidumbre . . . . todos? ¿A quién le hartan falta? ¿Para qué viven, para qué sirven? ¿Para que ya ven los hijos de los pobres?" No crea tú, Luis, que así piensa Juan!
Luis — Felicmente para los ricos, los pobres no piensan así.
Manuel — Pero si los que llegan á la situación de Juan.
Luis — El egoísmo es mal consejero.
Manuel — ¿Quién sabe si en medio de todo la muerte sea una felicidad.
Luis — Felicidad con la cual no convendremos todavía. El instinto de conservación no entiende de felicidades que dan. Una prueba de ese instinto la estamos palpando en este instante. ¿No la ves tú?
Manuel — ¿En qué?
Luis — Mira quiénes nos acompañan: curiosos, gente ajena á todo que no tiene enfermedades ni contagios . . . Después no ven á nadie.
Manuel — Pues cuenta uno más. Allí viene Ramírez.
Luis — Al médico no le cuentes porque un médico va á donde lo llama el deber.

Uno de los redactores de "LA PRENSA" sorprendido por el lápiz del eximio caricaturista Faber.

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Ramírez con botas y un estuche de cirujano.

Manuel — Lo esperaba impaciente, doctor.
Ramírez — ¡Hola, señores! Están ustedes dando una lección á cierta gente.
Luis — Transeúnte de Juan no nos preocupamos de dar lecciones sino de cumplir con el amigo.
Ramírez — Si, si, pero es el caso que están ustedes dando una lección sin quererlo.
Manuel — Para que nadie la aproveche.
Ramírez — ¿Sacaron ya el cadáver de Julia?
Manuel — Todavía. Parece que la demora está en la soldadura del atado.
Luis — Cualquiera diría que el hombre anda con miedo.
Manuel — Es muy posible.
Ramírez — ¿Y los niños salieron ya?
Manuel — No.
Luis — ¿Van á salir hoy?
Ramírez — Sí. El aislamiento se impone. Solo dejaré las personas indispensables. Bastarán dos enfermeras.
Manuel — Y con Juan, tres.
Ramírez — Allí, Juan tiene que servir de mucho! No teme á la peste y está vacunado.
Luis — Yo creo que los niños deberían salir después del cadáver.
Manuel — Sería lo más acertado. Hay que evitarles un espectáculo triste.
Luis — A la mayor, sobre todo. Es ya una señorita.
(Se oyen quejidos adentro)
Manuel — ¿Han oído? ¿Cuál de ellas será la que se queja?
Ramírez — Es la madre, que está en la reja izquierda. Mucho tiene que rogar á la hija.
Luis — ¿Y María?
Ramírez — Mal, muy mal: no pasará de mañana.
Manuel — ¡Bien desgraciada suerte la de Juan!
Luis — **(Señalando hacia la puerta)** Allí está! . . . **(Todos se vuelven hacia donde señala Luis. Juan aparece en traje desculdado, sin cuello y con gorra, en actitud de un hombre entontecido. Mira á todas partes como buscando algo y desaparece).**
Manuel — Creo que hemos hecho bien en no hablarle. ¿Qué se le puede decir á un hombre en la situación de Juan?
Luis — Voy poniéndome de acuerdo contigo. Quien sabe si vale más no vivir.
Ramírez — Si vieran ustedes lo que pasa adentro. Las noches son horribles: una grita, otra ríe, la de más allá forcejea y ruge como si le metieran un hierro en las entrañas. Hace tres noches que casi no duermo. Tengo que estar en todo. Apenas si me han dejado tiempo para salir á cambiarme de traje. Después, quien sabe cuando volveré á salir.
Manuel — Está usted haciendo una buena obra, doctor.
Luis — ¿Y el médico titular?
Ramírez — Por ahí.
Manuel — Huyendo el bulto. Es uno de los empecinados en no crear en la peste, y, sin embargo, no quiere volver al por los alrededores de la manzana.
(Oyese una voz lastimera que dice: ¡no, no! Llega el inspector de higiene, con botas también. Habla aparte con Ramírez, y luego ambos penetran á la casa. Manuel y Luis se aproximan á la puerta. Los que están en el patio se interponen ocultando el féretro para que no sea visto por el grupo de niños que aparecerá por una puerta que da al zaguán. En el grupo irá una nodriza con un niño cargado. Tomará por la izquierda al llegar á la puerta).

ESCENA TERCERA

Manuel, Luis, Ramírez, un grupo de niños.

La hija mayor — ¡Por dónde, Dios mío!
Ramírez — Por ahí. **(Dirigiéndose á uno de los parientes de Juan, que ha estado entre los curiosos desde el principio del drama).** Usted, Tomás, conducirá al pabellón del hospital nuevo, que acaba de prepararsele.
Manuel — **(A Luis con emoción.** ¡Caramba, esto es más triste de lo que yo pensaba!
Luis — **(Lo mismo)** Se aprieta el corazón.
Niña 2a. — ¡Ay, dónde nos llevan!
Niña 3a. — ¡Yo no quiero ir sin mamá. **(Rompe á llorar).**
Luis — Tu mamá salió ya. Los espera en otra casa.
Niña 2a. y 3a. — ¡Ay, mi mamá!
La niña mayor — **(Avergonzada y cubriéndose el rostro).** ¡Ah, sí, nos refirieron.
Niña 2a. — Se le pasó. Yo soy su madre. ¿Será tan cruelas hasta impedir que una madre vea á su hijo? Y aunque no fuera solo por verle, quiero también asistir á mis nietos.
Manuel — Asistencia es lo que sobra, señora.
Rosario — (Levantándose). Nunca puede estar demás la asistencia de una madre. Solo las manos de una madre tienen ojos para ver ahí donde no ven las manos caritativas.
Manuel — Yo le suplico, señora, retirarse conmigo. Su presencia aquí podría ocasionar alguna dificultad.
Rosario — (Con sarcasmo) ¿Soy un estorbo!
Manuel — No, no he dicho eso. Juan podría enterarse de que está usted aquí y sería capaz de salir, rompiendo la consigna. Eso sería una dificultad.
Luis — Vámonla, tal vez no desanimara. En ciertas situaciones hay que obrar solo.
Rosario — (Sentándose nuevamente y con voz suplicante) Déjenme siquiera estar aquí. **(Sollozo).** ¡Pobre, hijo mío!... ¡Que has hecho para merecer tanta desgracia! . . . ¡Tan bueno, tan noble! . . .
Manuel — Señora, el destino es ciego.
Luis — (Con solicitud) ¿No quisiera usted descansar mejor en la casa de algún vecino . . . ? Todavía el sol mortifica.
Manuel — Me parece buena la idea.
Luis — (Precipitándose á la puerta) Señor inspector, creo que se podrá esperar .
Manuel — (En voz baja á los que están adentro). ¡La madre de Juan!

ESCENA SEPTIMA

Movimiento en el patio. Los curiosos se agolpan á la puerta. Manuel trata de impedir que doña Rosario presencie la escena. Aparece el atado cargado por tres hombres y Juan. Una vez en la acera el grupo, Juan se arrodilla, se descubre y bendice el atado con dolorosa unción. Todo esto en el mayor recogimiento.

Luis — ¡Que no hay una alma caritativa que ayude á cargar el atado?
Inspector — Se le pasará lo que pida.
Mujer 1a. — El señor Juan me ha dicho mucha pena.
Mujer 2a. — El pobre parece loco. ¿Te fijaste? ¡Como mira! No conoce á nadie.
Inspector — Pues yo entro y salgo cada momento.
Mujer 1a. — Como es usted doctor . . .
Manuel — Vamos, hombre, asimile. **(Dirigiéndose á Luis).** ¡Qué tanto miedo!
Hombre 1o. — ¡No, señor!
Hombre 2o. — ¿Quién nos garantiza que no nos va á pasar nada?
Inspector — **(Dirigiéndose á Ramírez)** No hay más remedio que lo carguen los tres.
Ramírez — ¡Si veo.
Manuel — ¿Y qué diablos hace la Municipalidad con sus cuadrillas?
Inspector — Hay cuadrillas para la desinfección, pero no para cargar á los muertos. El pánico es atroz. Nadie quiere prestarse para eso. No se como esos tres . . .
Luis — Mientras tanto se pasa el tiempo.

ESCENA QUINTA

Los mismos, una enfermera que sale huyendo del interior.

Enfermera — Doctor, doctorcito, yo no sigo más en esta casa; yo me voy. **(El guardia le cierra el paso)**
Manuel, Luis — ¿Qué es eso?
Inspector — Tenga la bondad de entrar, señora.
Ramírez — Usted no puede salir todavía. Su compromiso no ha terminado.
Enfermera — No, yo no voy; no quiero ya asistir á nadie.
Inspector — Sentiría mucho verme obligado á hacerla entrar por la fuerza. No está usted preparada para salir. No es cuestión de salir cuando á uno se le antoja.
Enfermera — (Suplicando é intentando arrodillarse). ¡Tengo miedo! . . . miedo, doctor. Un enfermo me ha escupido aquí. **(Señalándose una de las mejillas).** Mire, mire, ¡doctor!
Inspector — Pero, señora.
Enfermera — (Restregándose la mejilla). Siento algo que me quema aquí . . . aquí.
Ramírez — Aprensión, señora. Eso le pasará con un lavado. Está usted inmunizada.
Luis — (A Manuel). La verdad es que yo no quisiera estar ahí adentro.
Manuel — (A Luis). Ni yo; no por el contagio, sino por lo que se ha de ver.
Enfermera — (Con castañeteo de dientes) ¡Ay, yo me siento mala! . . . ¡Ay, qué frío . . . mucho . . . mucho . . . frío...
Inspector — Que entre, que entre. Y por si acaso, Ramírez, unos veinte centigramos de suero. No faltaría más que tambien esta.
Ramírez — Es pura nerviosidad. Una inconsciente simulación de síntomas.
Enfermera — ¡Doctorcito, por el alma de su madre!
Ramírez — Yo no mando aquí, señora.
Enfermera — ¡Doctor, no me abandone! ¡Ay! ¡Ay! ¡Que crueles son!
Inspector — Vamos, vamos adentro. Guardia, esa señora no puede salir sin mi permiso. **(Ramírez, el inspector y la enfermera entran. Aparece por la derecha la madre de Juan)**

ESCENA SEXTA

Doña Rosario, Manuel, Luis, hombres y mujeres del pueblo.

Doña Rosario — ¡Señores! . . . ¡Dios mío, que fatigada me siento! . . . **(Reconociendo á Manuel).** Don Manuel, ¿usted por acá?
Manuel — Sí, señora.
Rosario — (Reparando en Luis). ¡También Luis! ¡Gracias, gracias!
Luis — Hemos venido á ver qué podía ofrecerse al amigo Juan.
Rosario — ¡Ah, sí! . . . ¿Y el como está? ¿Lo han visto?
Manuel — (Brindándole una silla y estudiando la respuesta) Sentese, señora.
Rosario — ¡Gracias! . . . ¿Lo han visto?
Luis — Sí, sí; está bien.
Manuel — Y de los enfermos hay muchas esperanzas.
Rosario — No me han dicho eso . . . Una de mis nietas está en condición desesperada .
Manuel — (Con sonrisa forzada) No... Ninguno de los casos es para desesperar. **(Mirando hacia adentro con inquietud).** Verdad que á veces una complicación . . .
Luis — (También inquieto). Pero las complicaciones son raras en estos casos.
Rosario — ¿No podría verle? No creo que me impidan entrar .
Manuel — No podría usted salir después .
Luis — Tampoco se le permitiría entrar. Ya viste que con nosotros .
Manuel — ¡Ah, sí, nos refirieron.
Rosario — Pero es que yo soy su madre. ¿Será tan cruelas hasta impedir que una madre vea á su hijo? Y aunque no fuera solo por verle, quiero también asistir á mis nietos.
Manuel — Asistencia es lo que sobra, señora.
Rosario — (Levantándose). Nunca puede estar demás la asistencia de una madre. Solo las manos de una madre tienen ojos para ver ahí donde no ven las manos caritativas .
Manuel — Yo le suplico, señora, retirarse conmigo. Su presencia aquí podría ocasionar alguna dificultad.
Rosario — (Con sarcasmo) ¿Soy un estorbo!
Manuel — No, no he dicho eso. Juan podría enterarse de que está usted aquí y sería capaz de salir, rompiendo la consigna. Eso sería una dificultad.
Luis — Vámonla, tal vez no desanimara. En ciertas situaciones hay que obrar solo.
Rosario — (Sentándose nuevamente y con voz suplicante) Déjenme siquiera estar aquí. **(Sollozo).** ¡Pobre, hijo mío!... ¡Que has hecho para merecer tanta desgracia! . . . ¡Tan bueno, tan noble! . . .
Manuel — Señora, el destino es ciego.
Luis — (Con solicitud) ¿No quisiera usted descansar mejor en la casa de algún vecino . . . ? Todavía el sol mortifica.
Manuel — Me parece buena la idea.
Luis — (Precipitándose á la puerta) Señor inspector, creo que se podrá esperar .
Manuel — (En voz baja á los que están adentro). ¡La madre de Juan!

ESCENA SEPTIMA

Movimiento en el patio. Los curiosos se agolpan á la puerta. Manuel trata de impedir que doña Rosario presencie la escena. Aparece el atado cargado por tres hombres y Juan. Una vez en la acera el grupo, Juan se arrodilla, se descubre y bendice el atado con dolorosa unción. Todo esto en el mayor recogimiento.

Luis — ¡Que no hay una alma caritativa que ayude á cargar el atado?
Inspector — Se le pasará lo que pida.
Mujer 1a. — El señor Juan me ha dicho mucha pena.
Mujer 2a. — El pobre parece loco. ¿Te fijaste? ¡Como mira! No conoce á nadie.
Mujer 1a. — Yo quisiera que mi Luis
Mujer 2a. — Si, que Luisa ayude.
Mujer 1a. — **(Dirigiéndose á su marido)** Oye tú, Lucas, yo creo que podrías cargar á la señita Julia . . . Pero no sin recibir nada.
Lucas — **(Dirigiéndose á tomar el atado).** Así estaba pensando, mujer. Después de todo, la hamba da muerte que mañana. Pa lo que los pobres somos que perdere . . . .

ESCENA ULTIMA

Los mismos, Manuel y doña Rosario. Juan en la puerta ensimismado.

Doña Rosario — Me estaba usted engañando, Manuel. ¡Juan, Juan! . . . ¿Qué no me oyes? . . . Se hacía tu madre.
Manuel — **(Cerrándola el paso).** ¡Despacio, señora, por Dios!
Uno de los cargadores — **(Al inspector).** Detrás del cementerio ¿no, señor?
Inspector — Sí, en el lugar que le indique á Rodríguez . . . Bien hondo y rastante cal encima.
Doña Rosario — ¡Bien hondo, bien hondo! . . . **(Con voz desgarradora).**
Juan, que no se ha enterado de la presencia de su madre, al perderse el féretro, la hace un adios con la diestra y se entra.

Telón.
Lima, 8 de octubre de 1916.

Enrique López Albújar.

Carta abierta

Teresa. ¡Qué tristeza
tiene tu camarín!
Y el vaso de cerveza.
Y el arco del violín.

Nadie sabe, Teresa,
la tristeza sin fin
De tu vida que empieza
como en un folletín.

Esta noche, en un coche,
conciencia de la noche,
te llevaré á beber

de la luna que enalma
es luminosa calma,
entre el sér y el no sér....

P. D.— No te olvides el alma

César A. Rodríguez.

Arequipa.

Desencanto

Una paloma encantada
bajo mi amparo tenía,
y ella en mi triste morada
era toda mi alegría.

Con el alma enamorada,
la arrullaba y la cogía;
pero ¡ay! se sintió cansada
y huyó de mi lado un día....

Presa de celos malditos,
la busqué, llorando á gritos,
por los bosques y los llanos.

Y la hallé, de espanto lleno,
dentro de un marco de cieno,
picoteando los gusanos . . . .

La última ofrenda

Cuando supe la traición
de aquella que amaba tanto,
el frío del desencanto
mató mi última ilusión.

Perdí luego la razón,
y un día, ahogándome en llanto,
me abrí el pecho sin espanto
y me arranqué el corazón....

"¡Toma—grité—fementida!
¡Toma el vaso de mi vida
por tu traición y tus yerros!"

Y ella, con sonrisa extraña,
cogió la preciosa entraña
y se la arrojó á los perros....

Federico Barreto.

Doctor Sebastián Lorente

De la Sociedad de Medicina Mental de París
MEDICINA GENERAL
Enfermedades del corazón, cerebro, nerviosas y sífilis.
Práctica y estudios hechos en europa. — Lochaual 778. Consultas de 1 á 3 — Teléfono 1517.
Los martes y sábados de 4 á 6 p. m. atiende el consultorio de enfermedades del sistema nervioso del hospital de Santa Ana.
11606 4a. 6 5a. m. j. y ds. v15p6

quellas que para el tratamiento de cualquiera enfermedad hacen signos caballísticos, dialogan entre las caprichosas volutas del humo de un cigarro, buscan las llamados "secretos de naturaleza" y dicen al paciente, ahuecando sentenciosamente la voz, que tome alguna pócima que sus manos fatídicas hicieron con las mayores inmundicias, prometiéndole que en ese brevaje hallará su curación.

La "recibidora" contrata sus servicios en un precio irrisorio, ofreciendo así la expectativa de una enorme economía para la familia de la enferma, que sólo más tarde viene á darse cuenta de su error: pues poco á poco va reclamando para sí todo género de ventajas que á costa de grandes esfuerzos se logra proporcionarle.

El respeto por la alta misión que debe realizar, el temor de resentirla y de dar margen á una posible venganza y el humano afán de aparentar una situación de comodidad, de que no se goza, impiden la protesta; y entonces resulta que lo que debió originar un pequeño gasto termina ocasionando fuerte desembolso, quizá superior al de los honorarios que hubiera podido cobrar un facultativo competente.

Pero no es esto todo, ni lo más grave tampoco. El principal y más serio peligro que entraña la intervención de esas gentes en los casos de alumbramiento es el de los graves y funestos trastornos que, por causa de su completa ignorancia, ocasionan tanto á las parturientas que asisten, como á las criaturas, pudiendo asegurarse que en un noventa por ciento de los casos pagan con su vida esas infelices mujeres el error que cometieron al entregarse en poder de tales charlatanas, cuyas manos bien pudiera decirse que son las de la muerte.

Su ignorancia y, más todavía su falta absoluta de higiene, transforman el parto fisiológico, natural, en un caso patológico de infección. Sin tomar ninguna precaución, después de practicar los más humildes quehaceres domésticos, con las manos puercas y llenas de microbios asisten á la enferma y le inoculan, como es natural suponer, gérmenes morbosos de otras enfermedades. Así se produce, entre otras infecciones, la "septicemia puerperal", de casi imposible curación y el "tétano" ó "mal de 7 días", de no menor gravedad. Esto en el caso de que el proceso del alumbramiento se produzca normalmente, sin ningún complicación; pero cuando sobreviene y el parto se hace difícil, entonces la "recibidora" acude á los más bárbaros procedimientos, que producen, con pocas excepciones, el fallecimiento de la paciente. Entre estos procedimientos, es uno de los más frecuentes colocar á la parturienta en una frazada, cuyas cuatro extremidades son cogidas por otros tantos hombres, que sacuden en ella á la desdichada mujer, á fin de acelerar el parto; sistema que, en general, trae como resultado la muerte de la enferma.

Si con esta crueldad, que tendría explicación en Mozambique, no se consigue el desembarazo, acuden á otra mayor. Se busca un individuo de gran fuerza y se le hace subir sobre una silla, desde donde levanta al aire, cogida de los brazos, á la desgraciada enferma, agitándola violentamente, mientras ella se retuerce, en medio de los gritos más dolorosos, sintiendo desgarrarse sus entrañas.

Y ocurre luego, lo que es lógico, que las víctimas de tales procedimientos terminan por acudir á los hospitales en demanda de auxilio; pero, desgraciadamente, en la mayoría de los casos, cuando por efecto de los torpes tratamientos, no queda al médico ya nada qué hacer.

Y no es que la imaginación exaltada del cronista haya forjado la historia de crímenes tan monstruosos; no es que la sugestión de persona interesada haya inspirado estas líneas: es la triste y descarnada verdad de los hechos. Diariamente en la sala de infecciosas de la sección de Maternidad se reciben enfermas para quienes están demás los esfuerzos de la ciencia. Y en Bellavista, en el hospital de San Juan de Dios, la cifra de las mujeres fallecidas por culpa de esta plaga es mucho más grande; al punto de que, en cierta ocasión, justamente alarmado el doctor Belisario Sosa y Artola, que tiene á su cargo la sección respectiva, hubo de pasar un oficio, ante la cifra exorbitante de casos fatales, á la sociedad de Beneficencia, llamándole la atención sobre tan grave hecho, debido á la impunidad con que las "recibidoras" ejercitan su acción contando para ello, con la desentendencia de las autoridades municipales y la falta de cuidado de los propietarios de cortar de raíz tan terrible plaga, que pone en peligro la vida de las madres y aumenta la cifra de la mortalidad infantil.

SEXTON
Camisetas y calzoncillos $.
1.10 pieza
N. SAÑUDO E HIJOS
388 — PORTAL DE ESCRIBANOS—388
16692 3a. 5—3

Oido nariz, garganta
Especialista:
Dr. Alberto Flores
Practica en los Hospitales de LondresParis y Roma
Consultas: 2 á 5 p. m.
Piedra 358 Teléfono 1643
1663 3p v30p4

KOLYNOS
CREMA DENTAL CIENTIFICA

Conservar los Vestidos
es ahorrar dinero. Usar Sunlight Jabón es ahorrar dinero porque conserva sus vestidos. Podría Ud gastar unos centavos menos adquiriendo un jabón inferior, pero gastaría muchos pesos más en sus vestidos.
Gaste los centavos adquiriendo
Sunlight Jabón
y de esa manera ahorrará los pesos de sus vestidos. El Sunlight Jabón es garantido puro y no perjudicará los tejidos más finos.

CINEMA TEATRO

Hoy en sección permanente de 3 de la tarde á 11 y media de la noche, estreno del grandioso drama de la Gilatator film "EL CADAVER DE MARMOL", que ha obtenido en el Teatro Excelsior el éxito que era de esperarse visto la belleza de su argumento, el lujo con que están puestas sus escenas, la propiedad de los detalles y el gran arte de sus intérpretes. El principal protagonista de la hermosísima film, "EL CADAVER de MARMOL" es el mismo que hizo una estupenda creación del papel GLAUCO en "LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA", de la Ambrosio Film. La originalidad del argumento de "EL CADAVER DE MARMOL" y el interés enorme de cada una de sus escenas, hacen de esta obra una de las más admirables concepciones de nuestra época. Completa el gran programa de hoy el drama de emocionante argumento "ASALTO A LA ESTACION". Precios pálcos con cuatro entradas, un sol; platea ó galería, veinte centavos.